

# EL PERIODISMO COMO HISTORIA

Por NICOLAS GONZALEZ RUIZ

**C**ADA vez se nos impone más vivamente a los que transitamos por esta edad histórica, sacudida por todos los vientos, la convicción de que hacemos Historia. Los hombres no han hecho otra cosa desde que vinieron al mundo; pero lo hacían y no lo sabían. Fué el siglo XVIII, en realidad, el que empezó a darse cuenta, por los avisos que le transmitió el anterior, primero, de que se había hablado mucho tiempo en prosa sin saberlo; segundo, de que se podía criticar la Historia y, por tanto —virtud y beneficio supremos de la crítica—, darse cuenta de que uno lo hacía mientras la estaba haciendo. Desde aquí no era muy difícil llegar al propósito de rectificar la Historia, y, si se creía que eso no estaba en las humanas fuerzas, de prevenirla. Los éxitos alcanzados en este camino han sido muy notables, aunque en verdad incompletos. Se ha llegado a prever las catástrofes sin saber quién ni cómo había de escapar de ellas, que es lo

que precisamente le interesa saber a cada uno acerca de las catástrofes futuras. Pero sea de ello lo que fuere, es lo cierto que el mundo se compone hoy de una enorme cantidad de aficionados a la crítica y a la previsión histórica. Antes de la primera guerra mundial, en los cafés se hablaba de toros, de teatro, de mujeres y de política exclusivamente interior y casi siempre reducida a lo picaresco y menudo. Hace unos días, buscando a un amigo en un café, percibí dos frases de una acalorada discusión entre dos señores: «¡Yo le digo a usted que es en Eritrea!...» «¡No me diga usted nada! A mí, lo que me preocupa, es lo de Palestina»... La discusión siguió con gran viveza. «¿Quiénes son aquellos señores?», le pregunté al mozo. «Son dos peluqueros», me dijo.

No se vea en esto, que es de una autenticidad absoluta, la menor animosidad contra los peluqueros. No lo digo para negarles el derecho a intervenir con su opinión en los problemas de Eritrea. Quiero que nos demos cuenta del hecho de que si, al surgir la guerra anterior, pudo atribuirse a un personaje la falsa anécdota de que se figuraba que la Bosnia y la Herzegovina eran dos señoritas de la vida alegre, después de dos guerras pueden encontrarse los dependientes de comercio y preguntarse: «¿Qué le parece a usted lo de Surabaya?» Y el fenómeno es tan importante que no tenemos más remedio que tomarlo en consideración, sobre todo, porque los periodistas tenemos en él la parte más considerable, y porque eso nos da la sensación entera de que estamos haciendo historia y de que una cantidad inmensa de gente va a pensar de los hechos, al principio, lo que nosotros queramos, y después, como todo acaba por saberse en este mundo, si no hemos sido fieles a la Historia, van a pensar de nosotros lo que no quisiéramos. Porque la Historia, señores, la hacemos

entre todos; pero la hacen, en verdad, más efectivamente, los que la escriben con sangre que los que la escriben con tinta.

El periodismo, con respecto a la Historia, puede ser considerado, al menos, bajo estos aspectos: haciendo historia inevitablemente y sin poderlo remediar, que es al modo que todos la hacemos por el sólo hecho de vivir en un lugar y en una época determinadas y con arreglo a unas leyes y a unas costumbres; haciendo historia con intención de serle fiel, descubriendo así muchas veces la incapacidad para ver la Historia desde cerca; haciendo historia con el fin de falsearla deliberadamente, llevando acaso idea y propósito de servicio a un ideal que se considera superior. Por ahora no hago más que anunciar los puntos de que voy a ocuparme. Las consecuencias, según yo las entiendo, vendrán al final de cada caso.

El primero, es el que ha de ocuparnos con menos extensión. El dejar a nuestro paso típicos rasgos históricos que interesan, sorprenden o divierten a las generaciones que vienen detrás, es cosa que hacemos todos los días, que estamos haciendo aquí en este momento, sin que nos sea posible responder de lo que se pensará de ello en el futuro. De ahí dimana el curioso atractivo de las colecciones de periódicos viejos. Es enorme la cantidad de temas que se han obtenido para la colaboración de hoy con lo que traían los periódicos ayer. El hombre de una hora, con su apariencia física y su contenido moral, con sus costumbres y con su pensamiento, queda como archivado en vida en las páginas de los periódicos. No hay más que abrir éstos y sale de entre sus hojas como una mariposa aplastada. Se le ve el bigote y se le ve el corazón. Es interesante, siempre y cuando que la reacción



ante el hecho no sea la de sonreírnos pensando que el mundo ha llegado en nosotros a la cima de sus perfecciones y que antes de que llegáramos personalmente al globo no habían ocurrido en éste cosas dignas en verdad de ser tomadas en serio.

La lección que debemos extraer de este primer punto es la de una rigurosa objetividad en las alusiones concretas al mundo en torno. Llevemos nuestra propia estadística de las cosas con absoluta verdad. No vigoricemos la teoría que declara que los tres grados de la falsedad se llaman, por orden de menor a mayor: mentira, perjurio y estadística. Siendo fieles a nuestra realidad, mantendremos el sentido humano que consiste en no avergonzarse de lo que es humano en nosotros. Seamos como somos, y así podremos merecer la comprensión y la estimación futuras. El reproche al siglo XIX no es que llevase barba, sino que se figurase que su barba era el último escalón posible de la civilización y de la cultura. Si nos reímos de ella es por eso solamente. Es decir, que el peligro se halla no en ser historia de manera inevitable y con limpia sencillez y humana dignidad, sino en el apresuramiento por redondear la historia; por interpretarla terminándola en uno mismo, escribiendo frases como «nunca se conoció una época de tal confusión como la presente», a lo que la única contrapartida posible es el pensamiento de Gedón cuando afirmaba que en la actualidad no se había construído ningún edificio que durase mil años.

Esto nos lleva al segundo punto, que es cuando el periodismo hace historia con intención de serle fiel. El periodismo se esfuerza entonces por discurrir sobre los hechos y determinar su importancia en el cuadro general histórico. Sale a relucir la pequeña erudición de cada uno o la que ha lle-

gado con premura en cualquier diccionario o biblioteca. Se baraja con espléndida soltura a Epaminondas con el milenio, la filosofía de Abelardo y la máquina neumática. La raíz de todo aquel despliegue no es otra sino el asombro que nos produce la importancia que tenemos y el advertir cómo en nuestra época es cuando la Historia tiene verdadero interés. El periodismo muestra una tendencia espontánea y natural hacia lo subjetivo, y realmente no cree que puedan ser tan apasionantes los sucesos ocurridos cuando uno no estaba en el mundo como estos otros que pueden tener la tremenda importancia, que no tenía antes ningún suceso histórico, que es la de que puede costarle a uno la cabeza, pero a uno, a uno mismo, no a un aldeano del siglo XIV, a un duque de Borgoña, o a un rey de Hungría, gente toda que nació para morir y hacer cosas raras que podemos leer hoy, mientras nosotros hacemos las cosas importantísimas que se pueden ver en las crónicas de dentro y de fuera.

La lectura de los comentarios e informaciones del periódico de hace cincuenta o cien años nos ofrece una doble lección, aparte de la que ya hemos señalado de ser historia sin saberlo. Esa doble lección llega a nosotros bien por el camino de un comentario que nos resulta impropriadamente grotesco, bien por el de otro que podríamos trasladar a los días de hoy cambiando algunos términos concretos de la cuestión. Ejemplo del primer tipo de comentario pueden ser todos los que se escribieron al surgir el ferrocarril o el alumbrado eléctrico. Se consideró, sencillamente, que aquella era la llegada a la cumbre de la civilización. Se entonaron cantos para ensalzar la velocidad de 25 kilómetros por hora, admirando en ellos el valor y la audacia del género humano que se lanzaba impertérrito a tales realizaciones y se exponía con

serenidad a tamaños peligros. La aparición en el Paseo del Prado de los primeros arcos voltaicos, focos de tremendas oscilaciones, con interludios de relámpagos lívidos, fué saludada declarando que el hombre, nuevo Josué, había detenido al sol y le ordenaba que también alumbrase por la noche. Las abuelas consideraron aquellos inventos como cosa del demonio, y los hombres modernos se pavoneraron como pequeños dioscellos que hubiesen ya penetrado todos los secretos de la creación. Algo parecido a lo que está ocurriendo ahora con la bomba atómica. ¿Qué efecto producirán dentro de cincuenta años los comentarios que ahora suscita?

La segunda parte de la lección está en el comentario que podríamos repetir hoy alterando tan sólo algunos términos concretos. ¿No se encuentran en los periódicos del siglo XVIII comentarios sobre las dificultades de la circulación en Madrid, el embotellamiento en las calles y los peligros a que somete a los transeúntes la velocidad increíble de las calesas? ¿No podemos leer las ordenanzas sobre el estacionamiento de coches a las puertas de los teatros de la Cruz y del Príncipe, ordenanzas que incluyen hasta la pena de prisión para los cocheros que falten a ellas? ¿Y no es esto una lección magnífica que nos enseña la pura transitoriedad de las cuestiones que a veces estimamos definitivas y la antigüedad de algunos problemas que nos figuramos creados por imperativo riguroso de una actualidad que ha venido al mundo con nosotros?

Las ordenanzas prevenidas para los dos citados teatros de la Corte en el siglo XVIII disponían que para arrimar los coches a las puertas del Coliseo de la Cruz entrasen, precisamente, por las Cuatro Calles o por la calle de la Victoria, y apeados sus dueños, «salgan los coches —decía la ordenan-

za— a la plazuela del Angel, bien sea para volverse a sus casas, o a colocarse en debida forma para aguardar, sin embarazar el paso a los carruajes transeúntes, para la calle del Prado, la de las Huertas, la de Atocha y la de Carretas, debiendo quedar siempre en cualquiera paraje que se colocasen el ámbito para que libremente transiten dos coches cuando se encontrasen, yente con viniente, pues cuando no quepan sin dicha circunstancia dobles hileras de coches, deben éstos extenderse unos tras otros hasta donde alcancen». Se dispone, además, que «para arrimar a la salida se haga precisamente por aquel lado de la plazuela del Angel y sigan a las Cuatro Calles y no se permita que en la calle de la Cruz quede parado coche alguno para esperar a su dueño», porque su estrechez embarazaría el tránsito.

Ya tenemos aquí, dos siglos atrás, la dirección única, la prohibición de estacionamiento en ciertos lugares y una serie de prevenciones sobre la circulación que, sin duda, muchos pensarán que son cosa de hoy. Y es que, cuando se tocan cuestiones vivas, asuntos que conciernen a la vida diaria de un pueblo, y también a sus más tradicionales costumbres, parece que el tiempo está inmóvil y que la Historia no pasa. En 1779 le escribía Iriarte a un amigo suyo, residente en París: «No le hablo a usted de Costillares y de Pedro Romero, que esto sería asunto no para una carta, sino para un poema. Acá, nos comemos vivos entre costillaristas y romeristas... El furor de los partidarios durante el espectáculo llega a términos de venir a las manos.» Parece que la prudencia invita al que escribe comentarios a pensar que en el mundo que él conoce no hay tantas cosas nuevas como parece.

Pudiera deducirse de aquí una conclusión pesimista que quiere evitar, acerca de la capacidad del periodismo para

ver la Historia. Y la lección no puede ser eficaz nada más que si alumbrá una actitud, una posición espiritual del periodista. Hay que ver el mundo con ojos históricos. Trátemos de analizar esto. Un error muy grave y muy corriente del periodismo ha sido, en cualquier época, el de mirar con sus propios ojos a las épocas anteriores. En la *Juana de Arco*, de Bernard Shaw, hay una escena en la que aparece un personaje vestido elegantísimamente de frac entre los guerreros medievales, y éstos comienzan por asombrarse y por reírse de un hombre que va vestido de manera tan ridícula y extraña, exactamente igual que haríamos nosotros si apareciese aquí un hombre cubierto por resplandeciente armadura. La lección de juzgar a los hechos y a los hombres con arreglo a las ideas y a las costumbres de su época es elemental, y cuando se enuncia, parece que todo el mundo lo sabe. Sin embargo, son muy raros quienes la practican. Y es que hay ciertas normas, producto de conclusiones indiscutibles del buen sentido, que vienen a recibir el mismo trato que los mandamientos de la ley de Dios, pongo por ejemplo, de las cosas más sabidas y menos cumplidas.

Si se hubieran sabido hasta el punto de trascender a la práctica esas elementales nociones históricas que obligan a juzgar hombres y hechos en su marco propio, hubieran resultado imposibles la mayor parte de las campañas periodísticas que afianzaron en el interior de España la leyenda negra que se había inventado en el exterior. Hubiera sido imposible que se divulgasen ideas que todavía abrigan muchos sobre la Inquisición, sobre Felipe II, o sobre cualquier otro tema de los más favorecidos por nuestros detractores. El error histórico más grave no es el de inventar hechos no sucedidos, sino el de juzgar impropriamente de los hechos que su-

cedieron. Y el periodismo, por su vibración actual, por su misma obligación de hallarse identificado con el momento que vive, es propenso a ese error, que no llegaría a ser demasiado importante si quedara circunscrito al criterio erróneo sobre los hechos pasados, pero que adquiere mayor importancia cuando eso nos puede hacer dudar del que se aplica a los hechos presentes. La prueba nos la ofrece el que aquel periodista o escritor que se halle más dispuesto a lanzar invectivas contra los procedimientos inquisitoriales, que eran de absoluta normalidad jurídica en su época, estará pronto a silenciar, o acaso a defender, los procedimientos de las modernas inquisiciones que suponen, sin embargo, la anormalidad jurídica de la época actual.

Lo grave, pues, de no ver lo pasado con justicia y limpieza está en que implica una incapacidad para ver lo presente con serenidad. Así puede verse, por ejemplo, en la Prensa comunista un ataque violento al absolutismo por considerar que éste juzgaba a los hombres por sus ideas.

Una de las tareas más penosas que le corresponden al periodista, como persona humana que es al fin y al cabo, es la de prescindir de esa tendencia, que pudiéramos considerar innata en el político y que es, sin embargo, inadmisibles en el historiador, a considerar que lo que uno hace o piensa entra en un orden distinto de valores que lo que hacen o piensan los demás. Recuerdo a este propósito —y me la trae preferentemente a la memoria la diatriba del periódico comunista contra el absolutismo— un cuento de Parmeno, titulado *Cintas Rojas*. Este Cintas Rojas es un sujeto que, sin que nos detengamos ahora a explicar la ocasión, pues no tenemos por qué referir el cuento entero, penetra en un cor-tijo y degüella a varias personas, entre ellas, mujeres y niños.

Tras de cometer su salvaje acción, el criminal se dirige a la ciudad próxima y se va a los toros. La lidia de uno de éstos transcurre con dificultad. Llegado el momento de la suerte suprema, el matador, nervioso y desconcertado, picha una y otra vez al pobre animal sin acertar a derribarlo. El toro sangra lastimosamente. El público se alborota e increpa al lidiador, y, entre los que más duramente lo motejan, sobresale la voz de Cintas Rojas que grita: «¡Eso no se hace con un toro, asesino!»

Es posible que Parmeno, aunque era buen periodista, no pensara nunca al escribir ese cuento en dar indirectamente una lección de objetividad periodística; pero a mí me sirve ahora para señalar ese error histórico, tan frecuente en el periodismo, que no se halla a la altura de su misión, y que consiste en perder de vista una norma ideal superior, que para mí no puede ser otra que la religiosa, en virtud de la cual deben ser medidos por el mismo rasero moral los actos de los hombres. Esto de hacer historia entraña una grave responsabilidad.

El periódico se ha definido amablemente como la historia de cada día. Es una definición que debemos recoger y aceptar con entusiasmo, porque define la alteza de nuestro cometido. Pero tener una misión levantada es algo que obliga a mucho. El que tiene que curtir pieles o fundir metales a diario, puede lograr el adiestramiento que haga su misión tan perfecta como cabe en las posibilidades humanas; pero el que tiene que hacer Historia todos los días, puede agotarse en el afán de perfección sin conseguir alcanzar ésta. Aun si la única y exclusiva finalidad del periodismo fuese hacer Historia, cabría el planteamiento de un primer problema, que es el de qué se entiende por Historia.

No es posible que ésta sea el relato fiel y minucioso de todo lo que sucede, ya que entre lo sucedido distinguimos aquello que ofrece más interés de lo que lo ofrece en menor grado. ¿Cómo calibramos ese interés? Aquí es donde la noción que intento declarar —la del periodismo como Historia— opera más intensamente y determina la caracterización de toda una corriente periodística que me parece ser un tanto distinta de lo que hemos llamado periodístico al formarnos para nuestra profesión. Porque puede sucedernos que lo más vivamente anecdótico, lo que hubiéramos considerado más periodístico en otra época de preocupaciones históricas menores, resulte lo de menos importancia desde el punto de vista de la Historia. No se diga que por ello propugno un periodismo nuevo, doctrinal y razonador, carente de ese interés humano que seduce al lector y le conquista para la lectura. En el mundo ocurren todos los días centenares de sucesos interesantísimos; de los cuales, unos tienen trascendencia histórica, y otros no; unos, entran en la corriente de los hechos que van fraguando una evolución o una transformación de ideas o de costumbres, y otros, son los que siempre se han llamado «sucesos», y que pertenecen a aquel conjunto de hechos cotidianos que tienen una trascendencia exclusivamente personal o familiar y que sólo interesan a una mayoría en virtud de las efusiones sentimentales que despierta el conocimiento de la desgracia ajena mezclado con esa indecible y profunda satisfacción automática y egoísta que dimana de que no nos haya sucedido a nosotros. El sensacionalismo periodístico tiene así una raíz morbosa muchas veces independiente de que los sucesos sean morbosos en sí. Se puede comprobar esto observando que las personas aficionadas a leer «sucesos», en la común acepción de la palabra, los conside-

ran, sin darse cuenta, como algo que sólo ocurre a los demás, y pierden el gusto por esa lectura, al punto de hacerseles insoportable, en cuanto han experimentado en sí mismo, o en allegados suyos, calamidades de la naturaleza que tanto les gustaba leer.

El interés periodístico viene afianzado, en esa clase de afición a ciertas noticias, por un difuso sentimiento de solidaridad humana; pero ese sentimiento, respetabilísimo en el que se funda el verdadero valor de las noticias, ha de ser orientado por el periodismo que siente su misión histórica hacia aquello en lo que más verdaderamente reside. Sin necesidad de ensombrecernos o amilanarnos, sin que nos sintamos poseídos de una nervosidad enfermiza, es lo cierto que las preocupaciones de cada hora histórica deben ser como una solemne música de fondo de todas nuestras actividades, pero más que de ninguna de la periodística, que quiere y debe ser Historia. Aun siendo los momentos trascendentales propicios a un gran despliegue de la frivolidad, es lo cierto que nunca resulta la frivolidad más aborrecible y más digna de menosprecio que cuando vibra de inquietud la atmósfera del mundo.

Sin que se haya formado en todos una conciencia clara de esta actitud espiritual, no puede dudarse de que la frivolidad y el sensacionalismo periodísticos han perdido gran parte del terreno que ocupaban. Es verdad que se les ha hecho perder; pero sería un error considerar que fenómenos de esa clase nacen puramente de la imposición de un capricho, sino que recogen en un momento dado un estado de conciencia. La Historia no la fraguan entre pequeños grupos de hombres malos, de una parte, y pequeños grupos de hombres buenos, de otra. Si los pequeños grupos existen y parecen

tener una influencia decisiva, se debe a que son el exponente de algo mucho más vasto, que se concreta en ellos y se expresa mediante ellos. Al hablar, en consecuencia, del periodismo como historia, no expongo una teoría que quisiera ver aplicada, sino que trato más bien de analizar el contorno y deducir la teoría de una serie de hechos que se producen a mi alrededor, para que, una vez concretada, pueda servir de norma e informar en lo sucesivo nuestras actividades. Llega un momento en toda evolución histórica en el cual se encuentran mezclados los síntomas de lo nuevo —de aquello a lo que se va— con los residuos de lo viejo —de aquello de lo que se viene. Entonces es la ocasión del análisis para deducir la teoría y en virtud de ella reducir a polvo lo que sea un lastre inservible y fomentar lo que pueda resultar fecundo para el porvenir. Veo alborear ese periodismo como Historia al que he venido refiriéndome, y por eso trato de averiguar en lo que consiste para valorarlo y alimentarlo con las aguas de las que deben ser sus fuentes verdaderas.

Esto nos aproxima al punto más delicado de nuestro análisis. Es el que enunciábamos al principio como Historia falseada deliberadamente, y al que hemos aludido después al indicar que, al fin y a la postre, el periodismo no es Historia pura, simple documento. La misma Historia de los tiempos pasados, aquella que en nada nos concierne y tiene con nosotros la relación más remota imaginable, como puede ser la de los primitivos asirios o la del pueblo hitita, la biografía de Salmanasar o de Amenofis, se ayuda necesariamente de la crítica. El periodismo no puede prescindir de esta actitud, con mayor razón. Ni puede tampoco, y también con mayor razón que la biografía de Salmanasar, prescindir de la ten-

dencia a producir un determinado efecto, ese efecto que conduce rápidamente a la verdad grabándola en la mente del lector de un modo más intenso. Y en esto se hallan la gloria y el riesgo del periodismo como Historia. El efecto que se tiende a producir y la crítica que implícitamente se incluye en una visión que quiere ser histórica, no pueden alterar sustancialmente la verdad. Si la alterasen, el periodismo en aquel momento dejará de ser Historia para convertirse en propaganda, usando este vocablo en el peor de los sentidos, o sea en aquel que deforma la verdad a conciencia.

Un ejemplo patente de esto, muy conocido y divulgado, es el de las estadísticas que publica periódicamente la Prensa rusa acerca de los incrementos en la producción industrial o en el fomento agrícola de aquel país. En esas estadísticas se dice, por ejemplo, que la producción de tractores ha aumentado en un setenta por ciento, o que la cría de ganado por los koljoses ha subido en un doscientos por cien. Sin embargo, aun considerando que los porcentajes fuesen ciertos, como no se citan las cantidades básicas, el valor de la estadística es análogo si antes se producían cien tractores y después ciento setenta, y se criaban cuatro vacas y ahora se crían ocho, que si se producía un millón de tractores y ahora un millón setecientos mil o se criaban dos millones de vacas y ahora se crían cuatro millones. El propósito de la estadística insertada por los periódicos no ha sido el de servir a la Historia con la verdad, sino el de servir a la propaganda comunista con una apariencia que deja la verdad oculta. Un periodismo que pudiera mostrarse consciente de sí y de su misión histórica no publicaría jamás una estadística como ésa.

Ahora bien, ¿la Historia se escribe con el puro objeto

de saber la verdad, de descubrirla, investigarla y contarla? O esa verdad, ¿quiere ser investigada y narrada con algún fin que no es ella misma? Voy a atenerme a ciertas nociones tradicionales de las que todos aprendimos en el Instituto, y que no han quedado en realidad tan inservibles como algunas veces se quiere aparentar. Y esas nociones tradicionales nos dicen que la Historia aspira a ser la ciencia del escarmiento por el ejemplo; es decir, que nos cuenta lo sucedido a nuestros antecesores para que nosotros aprendamos en lo que a ellos les ocurrió. Para que aprendamos, de una parte, a corregir errores y a no reincidir en ellos, y para enseñarnos, de otra, a nosotros mismos algo fundamental de nuestra manera de ser, que no nos lo enseñan ni la Psicología, ni la Biología, ni la Etnografía. Por consiguiente, el amor a la verdad que debe presidir en Historia es indispensable, no para que la Historia no sea falseada, que eso, de suyo, tendría importancia menor, sino para que nos sirva de algo y no sea un engaño que nos hacemos a nosotros mismos.

Esta consideración es muy importante, ya que nos revela que la verdad no es sólo algo moralmente hermoso, sino algo sumamente práctico. El ejemplo de Rusia, que hay que citar tantas veces por ser el que de modo más patente y claro nos descubre algunas deformaciones sensacionales del recto espíritu histórico, y por lo tanto periodístico, es en este punto sobremanera aleccionador. La táctica del comunismo consiste en gran parte en un minucioso falseamiento de la Historia. Por testimonios evidentes, que sería ahora muy largo detallar, se sabe que han sido destruídos archivos y documentaciones, sustituídos por una falsificación, con el objeto de que la Historia se rehaga sobre falsas premisas. De un lado esto nos demuestra que la verdad es el único antídoto

contra ciertos venenos espirituales, y de otro implica la confesión de que sin Historia no se puede vivir, y ya que la verdadera no sirve a los fines que se persiguen, se elabora una de nueva planta. Las consecuencias asoladoras del fenómeno las conocemos todos.

La consideración del fin que nos proponemos nos conduce también, por lo tanto, hacia la verdad como elemento básico de la misión histórica del periodismo. Pero las cosas son siempre más complicadas de lo que parecen. Ya hemos visto antes que la verdad anecdótica, base del sensacionalismo, no tiene por qué saltar directamente a las páginas del periódico. Puede ocurrir que ni siquiera le corresponda un lugar en ellas. Acudamos otra vez a nuestras queridas nociones tradicionales. La Historia no se propone tan sólo presentarnos la experiencia de viejos errores para que no sean de nuevo cometidos, sino edificarnos y alentarnos con la grandeza de los bellos ejemplos. Siendo igualmente exactas y fieles a la verdad, no puede concederse el mismo valor histórico a la biografía de Santa Teresa que a la de Madame Pompadour, a la de Luis Candelas o a la de Don Juan de Austria. Si todos convenimos en esto es porque admitimos en nuestro fuero interno la existencia de un valor moral que hace que algunos hechos sean dignos de ser contados y otros sea mejor dejarlos en el silencio. La preocupación ética es inseparable de la Historia y, por lo tanto, también del periodismo, puesto que ya estamos de acuerdo en que éste es una forma diaria, ágil, amena, pero no despreocupada, de hacer Historia. Una de sus dificultades puede consistir en esto: en que mientras a la Historia le es lícito y casi necesario mostrar su gravedad y su ceño, al periodismo se le

exige que disimule su profunda y vital preocupación debajo de una sonrisa alegre y de un aparente desenfadado.

Esta preocupación ética del periodismo ha de hacerse compatible con esa calidad de lo periodístico que tiene tantas exigencias. El periodismo ha de estar imbuído, pues, de esa suerte de espíritu apostólico efficacísimo que tienen algunas personas beneméritas que alternan en sociedad para llevar a cabo el apostolado del ejemplo; apostolado que rendirá tantos mejores frutos cuanto más eminentemente sociable y grata, más atractiva para todos, sea la persona que a él se dedique. Pero el éxito dependerá de una coincidencia extremada entre las dotes atrayentes y las virtudes íntimas, de modo que las primeras se apoyen sobre la armazón de las segundas y consigan para éstas el beneficio que lograrían para lo que se propusiesen mediante la exhibición de amables prendas persuasivas.

La preocupación ética por dentro, sosteniéndolo todo y animándolo todo. Eso queremos para el periodismo que haya de cumplir su gran misión histórica. Y analicemos también esta preocupación moral, porque no debemos dejarnos conducir por concepciones de excesivo simplismo. La moral más difícil es la que podríamos llamar moral de la inteligencia. En ella descansa la más dura honradez. Por lo común, al hablar de honradez nos referimos a la honradez de primer grado, que es la que consiste en no quedarse con nada de nadie, o a la de segundo, que es la fidelidad y lealtad a los propios sentimientos y a los compromisos adquiridos; pero la que yo llamo de tercer grado, la honradez intelectual, es el amor sincero a la verdad y la renuncia a no presentar como verdadero, mediante una argumentación sofística, lo que uno no crea que es verdad. Este rigor intelectual, esta

exigencia de lealtad, no a lo que uno siente, sino a lo que uno piensa, es una aspiración permanente del periodismo que aspire a lograr su dimensión histórica.

Pensar que es verdad lo que uno desearía que fuera verdad, no es pensar. Del mismo modo que una cosa es convencer y otra seducir. Cuando con la brillantez efectista, casi siempre de naturaleza sentimental, de nuestras argumentaciones, hemos arrastrado a alguien a hacer lo que nosotros quisiéramos, no podemos decir que lo hemos convencido, sino que lo hemos seducido. Eso es a lo que las mujeres suelen llamar «convencer», lo que quieren indicar cuando arrastran a un hombre a hacer lo que no quiere, y exclaman: «Ya le convencí». Y hablo de las mujeres porque ellas ofrecen más a menudo el ejemplo de arrastrar a la acción por la seducción. En este supuesto puede ocurrir que la seducción se emplee en el servicio de la verdad o del bien, aunque pueda tener terribles consecuencias para el seducido, como cuando Judit se mostró amable con Holofernes con el exclusivo propósito de acabar cortándole la cabeza, o puede ocurrir que se utilice para arrastrar al mal.

En el primer caso es disculpable solamente, porque uno debe exigirse muchísimo antes de decidir que se halla en posesión de la verdad y que, por tanto, le es lícito emplear artimañas seductoras para difundirla y arraigarla. Del segundo caso no hay que hablar siquiera. Pero el periodismo obrará prudentemente si no emplea artes de seducción, sino de riguroso convencimiento. El periodista no es un agitador. La diferencia entre el agitador y el periodista está en que al primero no le interesa la verdad, sino el producir con sus palabras determinados efectos que conduzcan a una determinada acción —es decir, el agitador es un hombre que sedu-

ce—, y al segundo le interesa la verdad, y no busca otros efectos que los lícitos que se deriven del conocimiento y divulgación de ella —es decir, el periodista es un hombre que convence—. Tiene mentalidad de agitador el que sacrifica la verdad al efecto.

Pero el periodista, y aquí está lo difícil de su sacerdocio, su misión histórica trascendental, no puede ser nunca un agitador. Su posición le obliga a una constante renuncia y sacrificio. ¡Es tan fácil conseguir determinados efectos! Yo recuerdo de un orador excelente, que no nombro porque todavía vive, que en cierta ocasión, hace ya bastantes años, me remitió al periódico, a petición mía, un discurso que iba a pronunciar y que había preparado por escrito. Leí, pues, el texto antes de que el discurso se pronunciara, y lo encontré con acotaciones como éstas al final de los párrafos: «Rumores»; «Voces: ¡Muy bien, muy bien!»; «Grandes aplausos»; «La ovación impide oír el final del párrafo». Tuve la curiosidad de escuchar el discurso con las cuartillas por delante y no falló ni una de las acotaciones. El orador sabía cómo producir los efectos deseados. Y esto lo sabemos también perfectamente los periodistas. Pero lo más corriente será que si tenemos noción de nuestras responsabilidades históricas renunciemos las más veces al uso de nuestras habilidades.

\* \* \*

Creo haber dibujado las líneas generales del periodismo como Historia e insinuado, con la brevedad posible, su alto deber y su gran responsabilidad. El periodismo actual no puede prescindir de estas nociones, y mediante ellas ha de salvarse a sí mismo de lo que nadie más que él le salvará. El

periodismo ha llegado a las situaciones más críticas allí donde más ha olvidado su misión como Historia. El periodismo, cuando no es Historia, es libelo, y del libelo se defienden a una la sociedad y el poder público, que acaban necesariamente por ponerse de acuerdo para desterrarlo. En cambio, el periodismo como Historia acaba también por merecer el respeto conjunto de la sociedad y del poder, a quienes sirve manteniendo el justo equilibrio entre los derechos de una y de otro.

Sólo concibiendo así el periodismo podremos sentirnos orlados por el prestigio de una noble profesión los que no hemos querido tener otra, y los que no la hemos considerado camino, sino fin, poniéndola al servicio de la verdad y del bien. Yo he creído advertir, y he procurado razonarlo, que esta noble aspiración no se consigue más que empleando el método histórico para hacer periodismo. La verdad profunda, la crítica serena, la objetividad analítica, la renuncia al efectismo, la finalidad moral, el estilo convincente y claro, son prendas que necesita el buen historiador para llenar a conciencia su cometido. Son también, a mi parecer, las que necesita el periodismo como Historia en quienes lo cultiven. Y el periodismo como Historia es el que necesita una actualidad como la del mundo de hoy, en la que la abundancia de explosivos acumulados tornan en gravemente peligrosos, tocando en la inconsciencia criminal, los fuegos artificiales.

